



CAPÍTULO XIV

En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenía de su cuñado, y la satisfacción que éste le dió

Almorzando estábamos, cuando doña Eufrosina entró con su marido, muy cuidadosa, al parecer, por la salud del coronel; pero á poco rato no pudo disimular el motivo verdadero de su visita, y así le dijo:

—Muy bien conocí, hermano, que usted anoche no tenía otra enfermedad que su maldito genio hipocon-

driaco y escrupuloso. ¡Caramba, que es usted fatal! Me hizo usted desesperar, y me desairó como acostumbra, no consintiendo que bailara Pudenciana un valsecito, y esto sólo porque era empeño mío y se habían interesado al efecto aquellos caballeritos. Sí, por eso fué, por eso; porque decir que no sabe bailar vals Pudenciana es negar la luz del día; y á más de que semejante muela se les podía encajar á los demás; pero no á mí que estoy cansada de verla bailar con Pomposita. Pero ¡ya se ve! que usted lo hará porque se críe su hija recatada; aunque en esto de buena crianza nada le va á deber á la mía, porque yo y su padre también sabemos lo que se hace, y al fin es una grosería que una mujer no sepa bailar cuanto se usa, ni que por ser zonza desaire á los que en una concurrencia la conviden. Yo por mí, hermano, ya me guardaré de suplicarle á usted nada en una publicidad, pues tengo mucha experiencia de que siempre se empeña en que quede mal.

—No es para tanto, hermana, dijo el coronel; usted no debe sentirse porque no bailara vals Pudenciana. En verdad que se lo tengo prohibido, y me parece que con razón. Soy su padre, y tengo cuanta autoridad necesito para impedirle todo aquello que me parezca mal. No por eso pretendo que la educación que yo le doy á mi hija sea norma por la que se sigan los demás. Cada uno es dueño de su casa y padre de sus hijos y obrará

como le pareciere. El mundo se compone de opiniones.

—¡Vaya, vaya! eso es tirar la piedra y esconder la mano, decía doña Eufrosina; á usted no le acomodan los bailes porque ya es viejo... sí, por eso, y no quisiera que ninguno bailara; pues yo he oído decir que los bailes son buenos y en todo el mundo se baila, y yo y Pomposa hemos de bailar sobre el diablo. ¡Quedábamos bien con meternos á recoletas tan temprano! Mi hija está en la flor de su edad, y cuando yo no pueda bailar por vieja, no he de embarazar que baile la muchacha, que eso fuera como el perro del hortelano. Á más de que hasta en los conventos de frailes y monjas bailan de cuando en cuando, ¡vea usted por qué no hemos de bailar nosotras que estamos en el mundo y todavía se nos menea un pie!

—Dice usted muy bien, hermana, prosiguió el coronel; pero no ha dicho sino lo que yo, esto es, que todos piensan con su cabeza, y cada uno hará en su casa lo que le pareciere. No por esto crea usted que aborrezco toda clase de bailes por mi humor tétrico ni por mi edad madura; más viejo que yo era Sócrates cuando comenzó á tomar las primeras lecciones de baile y no perdió nada de su filosofía por esta afición. No ignoro que el origen del baile casi se pierde en su misma antigüedad, y esta diversión ha sido universal en todo el

mundo, aun entre las naciones bárbaras. Ella ha tenido parte en los cultos religiosos, en los enlaces de bodas y en las particulares festividades de la paz, y hasta entre los horrores mismos de la guerra. Por tanto, pretender desterrar una diversión tan generalmente recibida sería un absurdo antisocial; porque el baile en sí es indiferente, y sólo, malo ó bueno, según el uso que de él se haga y conforme al espíritu con que se baile. Santo fué el baile de David delante del Arca, y maldito el de los israelitas alrededor del becerro; pero ¡cuán diverso fué el espíritu de estos bailadores!

Bailar por alegría, bailar conservando las leyes del honor y la modestia es buen bailar, no hay quién lo condene. Los reyes, los hombres más juiciosos y timoratos han autorizado esta diversión, no sólo asistiendo, sino dando ellos mismos unos bailes suntuosísimos. Tales fueron los que dió Catalina de Médicis á los reyes de España; el memorable que dieran los Padres del Concilio de Trento en esta ciudad á Felipe II, año de 1562, y el muy distinguido que dió Luis XII en la de Milán, rompiendo el baile el mismo monarca y danzando en él los cardenales de San Severino y de Narbona.

Estos bailes, y todos los que sean arreglados, son loables y pueden frecuentarse sin riesgo; pero no son todos así seguramente. Yo asistiré y llevaré á mi hija á los que me parezcan tales, acordándome que el sabio

Blanchard dice: «Que en cuanto á saber bailar es un ornamento que es bueno procurarse, porque sería llevar el rigorismo muy lejos impedir absolutamente el baile á las personas del mundo, y no se puede condenar sino el abuso de él.» Pero en virtud del parecer de este autor y por las obligaciones que me impone la religión, sé que no debo llevarla á ciertos bailes que comienzan con ceremonia y etiqueta y acaban en manoseo y retozo. Esto haré yo; pero no me opondré á que usted y los demás hagan lo que quisieren.

Calló el coronel, y doña Eufrosina, no pudiendo sufrir más esta reprensión, varió de plática, y á poco rato se despidió con su marido.

A pocos días encontré á Tulitas, la ahijada del coronel; pero en un estado tan infeliz que no la conocía, porque estaba muy sucia, trapienta, descolorida, flaca y enmarañada. La pobre me habló, y en un instante me contó sus desgracias, y cómo había estado en la cárcel y acababa de salir del hospital, y que estaba arrimada en casa de una vieja que había sido amiga de su madre. Yo me compadecí de ella, la socorrí con lo que pude, y me despedí.

Le conté este pasaje al coronel delante de doña Matilde y de su niña, y me dijo:

—No te admires; tal es, casi siempre, el paradero de las jóvenes bonitas que no se saben apreciar ni con-